

man de tristeza el panorama y la evocación. En toda esta su poesía se siente la introducción del poeta al alma de lo inanimado y animado; de las sensaciones y las cosas.— ORESTE PLAHT.



EL PAÍS DEL PATRÓN Y DEL SIRVIENTE. Chile: su tierra y su gente. por *Jorge M. McBride*.—Prensas de la Universidad de Chile

No es aventurado afirmar que este señor McBride norteamericano, profesor de la Universidad de California, sabe más de nuestro país, que el ochenta por ciento de los chilenos cultos en cuanto se refiere al desarrollo social y económico de nuestra nacionalidad. Y lo que sabe es la verdad neta pues sus afirmaciones y apreciaciones en todo lo que se relaciona con los problemas que afectan a Chile están basados en datos exactos, estudiados con minuciosa seriedad e interés. Su información, por otra parte, no es puramente libresca sino que también está reforzada por la observación directa, pues durante su permanencia en nuestro país, se dedicó a recorrerlo inquiriendo cuanto detalle pudiera servirle para profundizar en el estudio que ha llevado a término con feliz acierto después de haberse formado una conciencia clara y cabal del asunto.

McBride llama a Chile, el país del patrón y del sirviente y considera a la hacienda la base de la estructura social y económica de esta República democrática cuya igualdad de derechos sólo existe en los artículos de la Constitución; pero no en los hechos reales y tangibles, pues en la realidad domina un sistema feudal copiado del de la vieja y tradicionalista España. El predominio de la casta gobernante chilena arranca de la encomienda y el mayorazgo, prolongándose en la hacienda, que conserva hasta hoy en día sus dilatadas proporciones y por consiguiente el influjo de una sola voluntad, sobre inquilinos y gen-

tes que en caseríos y aldeas, y aun pueblos de mayor entidad, viven en las actividades agrícolas y por consiguiente son tributarios de la hacienda.

Hasta hoy en día después de 120 años de vida independiente, el latifundista sigue manteniendo su situación de privilegio y en toda la zona central desde Aconcagua hasta Bío-Bío, pues el pequeño propietario sólo existe allí en escala insignificante de tal manera que su influencia en la política y en la economía del país casi no pesan. Sobre el respecto McBride dice lo siguiente:

«Cuando se dejaron sentir los primeros síntomas de agitación en las colonias, muchos de los terratenientes de Chile, peninsulares y criollos, permanecieron leales a la corona, pues sus intereses eran en gran parte idénticos con los de aquélla. Habían heredado la cultura hispánica e introducido en las colonias las instituciones sociales de la península; muchos de ellos eran monarquistas acérrimos, sin ninguna simpatía por las tendencias democráticas y talvez en ninguna parte de la América latina este sentimiento fué más vívido que entre los hacendados chilenos. Cuando Chile por fin se sublevó contra España, no lo hizo en respuesta al amplio espíritu democrático que agitaba a otras colonias, y menos aun por seguir las huellas de las colectividades inglesas de Norte América que trataban de establecer una democracia, o para emular a los republicanos franceses. A través de la larga contienda por alcanzar la libertad política, ningún intento se hizo por extender esta libertad a las masas. El triunfo de la guerra de la independencia sólo produjo pues, una transferencia de autoridades pero no una reforma política y menos aun un solevantamiento social. La guerra liberadora en ningún sentido fué una revolución, y por lo mismo, produjo en Chile menos disturbios sociales que en ningún otro país del continente. El sistema que había servido de base a su organización, continuó idéntico, sin ofrecer oportunidades de transformación social».

McBride da aquí en el punto neurálgico de nuestros males de

orden social, pues como él afirma con gran razón, la guerra de la independencia no trajo ninguna ventaja de orden positivo en el alcanzamiento del bienestar que el pueblo necesitaba. El triunfo de nuestros ejércitos frente a los de los conquistadores no se tradujo en el afianzamiento de una democracia verdadera. Por el contrario se robusteció el poder del señor feudal que saca a su mesnada a combatir cuando algún osado ha puesto el pie en sus tierras. Así el hacendado chileno, que defendía su tranquilidad y el porvenir de los suyos entregando soldados para la guerra, y luego llevándolos a los comicios electorales a elegir a los caballeros que en el Congreso habían de representar sus intereses, y no los del pueblo mismo. El pueblo no ha sido en Chile sino la comparsa que actúa en la comedia de la democracia que aun no se logra establecer. Su libertad hasta hoy, es relativa y aparente, pues vive esclavo de situaciones que jamás, mientras persista el actual estado de cosas, le permitirán actuar con verdadera independencia. Su ignorancia e incultura por otra parte, le mantienen deprimido y desorientado. En general el hombre del pueblo en Chile, no nace para conquistar un destino, sino que nace con un destino hecho, un destino que está claramente marcado y definido dentro de la órbita de su existencia sin horizontes. Chile ha vivido un siglo bajo una organización política que como dice el autor de este libro que comentamos, «estableció un gobierno de los hacendados, por los hacendados y para los hacendados».

Sobre este punto McBride, recuerda que desde los comienzos de nuestra vida independiente, el hacendado hizo imponer su voluntad y su fuerza, cuando depuso a O'Higgins por haber decretado la abolición de los mayorazgos y prohibido el uso de los títulos nobiliarios, iniciando además un movimiento de educación popular. Antes su padre había abolido, bajo el gobierno de la corona la encomienda. Los muchos años que vivió O'Higgins en Europa, le sirvieron para tener una idea más o menos exacta de lo que era una verdadera democracia. Allá conoció a

Bolívar, a Miranda y a otros grandes espíritus que soñaban con la grandeza de América, pero con una grandeza más amplia y generosa. Y ésta debía prosperar a base de una distribución más equitativa de la tierra, propendiendo así a encariñar al hombre con ella y no sintiéndola como terrible madrastra sobre la cual nace y muere el siervo sin tener otro porvenir ni ventura que la de comer un mendrugo y cubrir malamente su cuerpo.

Es admirable la forma cómo el autor se ha compenetrado de este problema, que ha corroído la médula misma de Chile, cuya riqueza mal distribuída ha traído la anemia de la provincia que produce sólo para alimentar a la gran ciudad que es Santiago, centro de toda la actividad comercial e industrial del país. La gran hacienda no tiene mercado en el pueblo vecino, donde no existe puede decirse ninguna actividad de orden industrial. Hay actualmente en Chile, pueblos que hacen una vida completamente artificial, pues sólo se mantienen del movimiento que les dan los organismos del Estado; escuelas Regimientos y oficinas públicas de todo orden. El hacendado pasa por allí sólo a tomar el tren para irse a Santiago, o para hablar con el gobernador, cuando tiene alguna cuestión relacionada con la autoridad, que resolver. El inquilino, el sirviente o el trabajador libre que vaga de hacienda en hacienda, ajeno por supuesto a todo vínculo y obligación familiar, suele ir al pequeño pueblo a buscar alguna mercadería que no encontró en la pulpería de la hacienda. Por lo demás allí vive eternamente «enditado» y ya su cosecha en verde está comprometida con el patrón o algún mayordomo favorito que puede hacer su negocio a espaldas del amo. Así el pueblo va languideciendo día a día, pues su vida tiene su raíz en la tierra, en lo que ésta produce, y en el intercambio de sus productos. Pero el latifundista no tiene nada que ver ni hacer allí. Los grandes compradores, ya sean exportadores o mayoristas están en Santiago. El pueblo queda allá, en medio de los ricos campos productores

debatíendose en la angustia de su impotencia. Así Chile por la falta del pequeño productor se ha convertido en una especie de cuerpo totalmente desequilibrado, con una cabeza gigantesca y unos miembros raquíticos. El hacendado elige el Congreso y de la agitación de la política con sus intereses de círculo y compromisos, salen los gobernadores e intendentes. Los empleos públicos se obtienen en Santiago, y entonces al hombre de la provincia no le queda más remedio que luchar porque allá en la metrópoli se le tenga presente. Que se den cuenta de que existe. En esta forma el provinciano vive soñando con llegar a Santiago que es el trampolín para alcanzar cualquiera situación, ya que en su terruño no tiene horizontes de ninguna especie y su iniciativa queda sólo reducida a anhelos que jamás tendrán de donde asirse para alcanzar la realidad del éxito.

De esta manera el centro de Chile, sigue siendo el núcleo de donde arranca la fuerza en que se apoya la oligarquía para seguir imponiendo su voluntad al país. Está pues en lo justo McBride cuando dice al final de su libro, que «la hacienda ha sobrevivido a sus propósitos», pues aun permanece intacta la psicología chilena del patrón sentado sobre la montura de su hermoso caballo de silla que vigila sus tierras, y la del sirviente, pronto a agachar la cabeza para obedecer.

Y lo sensible, lo doloroso de este problema, es que el hombre del pueblo, que vive en la ciudad, sigue siendo ajeno a toda verdadera conciencia de sus deberes ciudadanos. El chileno con su carácter imprevisor tardará seguramente mucho en llegar a formar una «elite» de hombres que se interesen sinceramente por su destino. Sigue equivocado, inculto, e ignorante del verdadero concepto de sus intereses. No obra por convicción, por conocimiento hondo de los problemas que le afectan, y afectan al país. Los eternos discursadores de la política le hablan «de pan, techo y abrigo» y de «los altos destinos de la patria» y del «gobierno del pueblo por el pueblo». Audaces o mentirosas quimeras con que los traficantes de la política lo atraen para ob-

tener el logro de sus propósitos y después dejarlos entregados a su propia suerte. Alimentan su rebeldía, para lanzarlos al disturbio y a la demagogía, pero no se preocupan de guiarlos por el camino que les conducirá a descubrir el secreto de su verdadera fuerza; la de su conciencia y del conocimiento exacto de sus deberes, obligaciones y responsabilidades. El político con su propaganda verbal y sus diarios de batalla sólo se preocupa de incitarlo a una rebeldía que lo favorezca. Así han ido llegando al Congreso, obreros seguramente bien intencionados, que fracasan ruidosamente en sus propósitos de defender los derechos del pueblo. Hacen el papel del toro y el matador en el redondel. Embisten ciegamente al objetivo, arman espantosas alharacas en el hemiciclo, que son celebradas y comentadas elogiosamente por las galerías. Pero en el terreno de la realidad el hijo del hacendado, el que se preocupó de estudiar, o que nació oyendo hablar de cómo se gobierna un país, hasta que se le queda grabado en el cerebro, como el relieve de un cliché, terminará siempre vencidos, porque la ley tal o cual está con ellos. Un país que quiere prosperar, ser grande y fuerte, no puede ser legislado ni gobernado por la ignorancia. Han de ser los hombres cultos, amigos sinceros del pueblo, quienes vayan a luchar porque los principios de la verdadera democracia, no sigan siendo letra muerta de la Constitución. La rebeldía y la pasión de las masas es como el oleaje del mar que se agita del lado que empuja el huracán. Sus rebeldías no tienen el hondo arraigo de la convicción inamovible que se cuaja en un espíritu fuerte, como una fe, sustentada por la claridad de las ideas, para transformarse en un impulso anímico cuando llega el momento propicio. Está aún distante el momento en que el alma de la masa chilena se impregne de ese soplo de misticismo que necesitan los grandes ideales para triunfar en sus anhelos de redención y dignidad humana.

Cuando McBride relata la historia del mozo de la hacienda, lo hace sin alardes de ninguna especie, pero sí con mani-

fiesta intención de poner de relieve la trayectoria de un misero destino, del cual no hay manera de evadirse. El hijo del inquilino será peón, ovejero, campañista, capataz y hasta mayordomo. Hasta ahí alcanzarán todas sus posibilidades. Los límites de la hacienda son los del país que conoce; son su mundo y su universo. Su alimento espiritual la misa y las prédicas de los misioneros, frailes comúnmente gordos, amables y risueños, que les hablan de la vida eterna y de todos los goces eternos que experimentarán en ella, sentados a la diestra de Dios Padre. Esto, si son buenos cristianos y cumplen con los mandamientos de la Santa Madre Iglesia y asimismo con la obligación de ser fieles, respetuosos y obedientes con el patrón, que es el padre de todos ellos. Los buenos «padrecitos» no se preocupan de saber cómo vive el inquilino, ni como se alimenta y viste. Son cosas de la vida material que no tienen mayor importancia.

A este respecto, viénesse a la memoria del que esto escribe algunas de las escenas a que dan lugar la visita de los misioneros en las haciendas del valle central. Hay algunos especialistas que hacen llorar a sollozos a los buenos campesinos, relatóndoles los padecimientos de Cristo en su martirio. Otros conmueven a la ingenua multitud con los terribles detalles del infierno a donde se van, por supuesto, de cabeza los comunistas, anarquistas y otras gentes de mal vivir, que andan con el demonio adentro. A esos hombres, sólo con oírlos se peca gravemente. Por eso el buen siervo del Señor debe confesarse a menudo para limpiarse de aquellos males que pudieran contaminarlo.

Y entonces por las noches, las mujeres que han dejado allá en el rancho, sumergido en la obscuridad, la miseria y el abandono al chiquillo o a la abuela vieja, se marchan apresuradas hacia la capilla de «las casas» a confesar sus culpas, antes de que el demonio siga haciendo presa de ellas. Las casas están llenas de inusitada animación. Por la puerta entreabierta de la capilla se divisa el suave resplandor de las velas del al-

tar. El ambiente está saturado de una dulzura evangélica y hay un aroma a incienso y a flores recién cortadas en el gran jardín señorial. Las mujeres salen del confesonario con la vista baja y el aire recogido y pensativo. Una de las señoritas de las casas le hace la merced de dirigirle la palabra, cuando cruza por el corredor: —Qué hay, hija, ¿cómo te va? ¿Y cómo ha seguido tu niño que supe que estaba enfermo?

La mujer se siente feliz de que la señorita se acuerde de preguntar por su hijo enfermo. ¡Qué buena es! (Emocionada contesta) —Está muy enfermo todavía. Los remedios de la médica no le han hecho efecto. Y no lo hemos podido llevar al pueblo, porque fué imposible conseguir bestia. Compungida agrega: —Además, mi marido se lo ha pasado tomando estos días. Es un hombre tan desconsiderado, señorita, por el amor de Dios, que ya no hay que destino darle. Y por ese camino sigue la mujer en sus consideraciones lamentables. La patroncita mueve la cabeza con aire condolido y agrega, amable: —Buena cosa, niña, ¡si todos son trabajos de esta vida! Ya le hablaré a X (aquí el nombre del dueño de la hacienda) para que te preste un caballo y puedas llevar a tu niño a ver al médico.

Esta escena no la pinta McBride, pero seguramente la ha presenciado en más de una ocasión, pues es corriente en la hacienda chilena. La mujer sola trabajando en el rancho destaralado y miserable. El marido, cuando no está trabajando en las faenas, se va a beber al chinchel más próximo, ya sea con los pocos pesos que sacó de su jornal o bien convidado por algún amigo; otras veces al crédito. Es la única distracción de su vida. Si se le pregunta por qué se emborracha, contestará con toda seguridad: «El pobre también tiene que darse un rato de gusto». Es su concepto del goce y de la satisfacción personal. Lo bello en su expresión artística y las emociones enaltecedoras de la existencia humana, son un paraíso desconocido para él. No conoce el agrado de vivir cómodamente; la



higiene y la limpieza son casi accesorias para el iuquilino. Su padre, su abuelo, sus parientes y ascendientes vivieron así. Si se les construye una casa buena, ¿por qué no va a echar las tablas del piso al fuego cuando tiene frío en las duras noches del invierno, o a dormir revuelto con las gallinas, el chancho o el perro dentro de la casa, si no tiene otro concepto de la existencia? Nadie le enseñó otros hábitos. Nunca sus dedos encañados y torpes abrieron las páginas de un libro. Nació convencido de que su persona apenas vale un poco más que la de las bestias que pastan en los potreros y que su destino es trabajar, obedecerle al patrón, y emborracharse cuando puede.

Un día alguno de ellos huye de esta dura esclavitud y se va a la ciudad. Allí es zapatero, albañil, carretelero o vendedor ambulante. Su mansedumbre campesina se convierte en feroz y ciega rebeldía. Es entonces víctima de la confusión del ignorante, que no sabe lo que desea, pero cree tener derecho a lo mejor. El conventillo, cuyo dueño es casi siempre un hacendado, lo deprime y enturbia su espíritu. Su libertad ciudadana es tan relativa que más bien se transforma en rabiosa impotencia.

Y, sin embargo, ¡qué maravillosas cualidades de inteligencia tiene el chileno, hombre del pueblo, y cuán fácil sería levantar su nivel moral si otras condiciones más propicias rodearan su vida y fueran satisfacciones más nobles las que florecieran en su espíritu! Antes que eso ocurra será preciso arrasar con el rancho y el conventillo, pudrideros de la raza, y entonces junto con la obra de exaltación patriótica que debe realizar la escuela, habrá absoluta seguridad de que nazca en el corazón del pueblo una fe más erguida, que experimente el júbilo impetuoso y creador de marchar en busca de un destino mejor. Dueño de una mentalidad de hombre civilizado, sabrá imponer férreamente sus convicciones en las luchas cívicas, cuando se trate de elegir un hombre que legisle o gobierne. Desdeñará la garrulería de mercachifles de los que eternamente le han engañado y envilecido para dar paso al hombre de selección que

surja de la masa, y pueda como Lincoln. llegar al más alto destino de un país, alzado en los brazos vigorosos de una verdadera democracia. Será el día en que el pueblo piense por sí mismo y se agrupe en un haz de voluntades animadas por un mismo ideal, bien definido, evitando así que los audaces y advenedizos agiten y muevan a las masas a su antojo, y trafiquen con su buena fe. Actualmente los partidos populares chilenos están despedazados, lo que probaría que por encima de la doctrina ha prevalecido la ambición mezquina del clan político. La situación de una clase popular que vive mal, se alimenta peor, y que no sabe pensar, pues no logra encauzar la corriente ideológica de sus anhelos, es sólo comparable a la del enfermo que se está agravando por exceso de medicinas aplicadas a tontas y a locas. Corre, además el peligro de seguir viviendo en el país del patrón y del sirviente, como dice McBride en su interesante libro. Del patrón que lo tiene todo, y del sirviente que no tiene nada, porque no sabe conquistarlo.

El libro de McBride hace meditar seriamente en el futuro de nuestro país. Debían leerlo jóvenes y viejos. Todos los que aman a Chile y desean verlo grande y próspero.—LUIS DURAND.



PARACELSE, LE MEDECIN MAUDIT.— Editions N. R. F.—Gallimard. París, por Dr. R. Allendy

La personalidad más compleja y enigmáticas de cuantas cruzan por el vasto escenario de la Historia de la Medicina, enfocada por uno de los más ilustres psicólogos contemporáneos: tal es el doble interés que despierta este libro magnífico que ya debiera estar vertido a nuestro idioma.

Nadie más capacitado que el Dr. René Allendy, psicoa-